

los españoles á dos grandes navíos de los suyos, y los dejaron ir en derechura sobre nosotros, lo que causó un terror pánico en nuestra gente. Con todo el «Minión," que ya había alzado velas, proveyó á su seguridad sin consentimiento de su general, capitán ó maestre, tanto, que apenas hubo tiempo de tomar al general á bordo. La mayor parte de los que estaban en el "Jesús" largaron también el bote, y siguieron en él al "Minión," mas los que no pudieron caber en el bote, fueron muertos sin compasión por los españoles. De nuestros buques sólo escaparon el "Minión" y el "Judít," y todos los hombres que no estaban en ellos tuvieron que sufrir la cruel tiranía de los españoles. Porque es caso muy cierto que habiendo llevado á algunos de los nuestros á tierra, los colgaban por los brazos en palos altos, hasta que les brotaba la sangre por las yemas de los dedos: y de los que así maltrataron, aun están vivos un tal Coptow y otros, que por la misericordia de Dios volvieron hace tiempo á Inglaterra, llevando todavía (y las llevarán hasta el sepulcro) las marcas y señales de trato tan cruel y mas que bárbaro. (1.)

(1) Después de esta relación de Miles Philips, tenemos que publicar la de Job Hortop que vino en la misma expedición, y en seguida la del propio capitán Juan Hawkings. Entonces diremos algo de la traición atribuida á los españoles, así como de la vida y hechos de Hawkings.

CAPITULO III.

Donde se cuenta cómo, después que escapamos de los españoles, nos vimos á punto de perecer de hambre en el mar; y cómo nuestro general, para evitarlo, tuvo necesidad de echar á tierra la mitad de su gente, y los trabajos que luego pasamos entre los salvajes, hasta caer otra vez en manos de los españoles.

Después que el Virrey D. Martin Enriquez faltando á la fé y palabra empeñada, trató tan cruelmente en San Juan de Ulúa á nuestro general Mr. Hawkings, en cuyo lance perecieron ahogados ó á manos de los españoles los más de los nuestros, y todos los buques fueron quemados ó echados á pique, excepto el "Minión" y el "Judít" que era una pequeña barca de cincuenta toneladas, mandada por el ya nombrado Mr. Francisco Drake, la misma noche perdimos de vista la barca y viéndonos en gran peligro, trabajamos por alejar el "Minión" á dos tiros de ballesta de la flota española, donde anclamos por aquella noche. A la mañana siguiente levamos áncoras y ganamos una isla, á una milla de los españoles. Sobrevi-

nosos allí una tormenta con viento norte, que nos puso en gravísimo apuro, hallándonos con sólo dos cables y dos anclas, porque en la pelea pasada habíamos perdido tres cables y otras dos anclas. A otro día, habiendo cesado la tormenta y estando bueno el tiempo, nos dimos á la vela, pero los hombres eran muchos y los víveres muy pocos para que pudieran durarnos largo tiempo, lo cual nos hacía desmayar y nos ponía temor de perecer de hambre, de manera que algunos pensaban sería mejor entregarnos á merced de los españoles, y otros decían que á los salvajes ó infieles. Después de vagar varios días en aquellos mares desconocidos, el hambre nos obligó á comer cueros, gatos y perros, ratas y ratones, pericos y monos: en fin, era tal el hambre, que nos parecía dulce y sabroso cuanto encontrábamos.

El 8 de Octubre volvimos á tomar tierra en lo más retirado del Golfo de México, donde esperábamos encontrar habitantes que nos dieran algún socorro de víveres y un lugar donde reparar el buque, el cual estaba tan maltratado, que con nuestros débiles brazos ya no podíamos achicar el agua. Agobiados de la una parte por el hambre, y de la otra por el riesgo de ahogarnos, y no sabiendo donde hallar auxilio,

caímos en el mayor desaliento, y formábamos diversos designios. Muchos se resolvieron á pedir al general que los echase en tierra, prefiriendo entregarse á merced de los salvajes ó infieles, antes que aventurarse de nuevo al mar, donde bien veían que, permaneciendo todos reunidos, si no perecían ahogados, el hambre acabaría por obligarlos á comerse unos á otros. El general accedió de buena gana á tal deseo, considerando que para su propia seguridad y la de los demás, le era muy necesario disminuir su gente. Resuelto, pues, á dejar en tierra la mitad de los que quedaban vivos, fué cosa maravillosa de ver la facilidad con que los hombres mudan de opinión, pues los que poco antes deseaban ser desembarcados, pensaban ahora lo contrario y solicitaban quedarse; de manera que para conciliar las opiniones y quitar toda ocasión de disgusto, fué preciso que el general tomase este orden: primeramente escogió aquellas personas de cuenta y utilidad que era necesario quedasen á bordo: hecho esto, de los que querían irse, eligió los que menos falta hacían, é inmediatamente dispuso que el bote los llevase á tierra, prometiéndonos que al año siguiente vendría él mismo, ó enviaría otro á buscarlos. Aquí un corazón de piedra se hubiera

ablandado al oír el lastimoso llanto de algunos, y ver la repugnancia con que partían. El tiempo estaba algo alterado y tempestuoso, de manera que íbamos á correr gran peligro en la travesía; mas no quedaba otro remedio sino que los señalados para el efecto, por fuerza habíamos de ir á tierra. A pesar de todo, los que fueron en el primer bote desembarcaron sin novedad, pero los del segundo, y yo entre ellos, no pudimos llegar á la orilla, á causa de lo grueso del mar; y por la inhumanidad de Juan Hamptone, capitán del "Minión" de Juan Sandres, contra maestre del "Jesús" y de Tomás Pollar, su guardián, tuvimos que saltar del bote al agua, cuando todavía nos faltaba una milla para llegar á tierra, quedando á cargo de cada uno salvarse á nado ó ahogarse. Y de éstos que fueron como quien dice, echados afuera y compelidos á arrojarse al agua, se ahogaron dos de los del capitán Bland.

En la tarde del mismo día, lunes 8 de Octubre de 1568, estando ya todos en tierra encontramos agua dulce, de la que algunos bebieron tanto que por poco se pierden, porque en dos ó tres horas no pudimos conseguir que diesen señales de vida, otros estaban tan horriblemente hinchados, que se veían en gran peligro, ya por el agua sa-

lada que habían bebido, ya por haber comido de una fruta que hallamos en la orilla, con un hueso adentro como almendra, cuya fruta se llama capule, y así de un modo ú otro estábamos todos flacos, débiles y desmayados

La mañana siguiente, 9 de Octubre, nos resolvimos á caminar, siguiendo la costa en busca de un lugar habitado: que fuera de cristianos ó de salvajes, poco nos importaba, con tal de que encontráramos algo con que calmar nuestra hambre. Partimos de un cerro donde habíamos pasado la noche y no llevábamos una sola hilacha seca sobre nuestros cuerpos, porque los que no habían sido arrojados al mar, y así no se habían mojado en él, estaban empapados por la lluvia que había caído sin remisión toda la noche. Una vez bajados del cerro y entrando en el llano, nos fué muy penoso el camino por entre yerbas y matorrales más altos que un hombre. Teníamos el mar á la izquierda, y á la derecha unos grandes bosques, de manera que por precisión habíamos de tomar el rumbo del Poniente por entre aquellos pantanos; y yendo de esa suerte, fuimos acometidos por los indios, gente belicosa que son á manera de caribes, aunque no comen carne humana como ellos.

Llámanse chichimecos estos indios, y acostumbran llevar largo el pelo, á veces hasta las rodillas: pintáanse el rostro de verde, amarillo, encarnado y azul, lo que les hace parecer muy feos y les da un aspecto feroz. Mantienen guerra contra los españoles, quienes muchas veces los han tratado cruelmente; porque de los españoles no hay que esperar humanidad. Viéndonos ellos al desembarcar creyeron que éramos sus enemigos los españoles de la frontera; y habiendo sabido por sus exploradores cuántos éramos, y cuán débiles, flacos y desprovistos de armas ofensivas y defensivas estábamos, de repente, como acostumbran cuando se encuentran con gente armada, alzaron un alto y temeroso grito, y viniéronse en furiosa carrera sobre nosotros, disparando sus flechas, espesas como granizo. Forzoso nos fué entregarnos á su discreción, puesto que no teníamos ninguna especie de armadura ni arma con que hacer resistencia, si no una escopeta y dos espadas, viejas y mohosas. Visto por ellos que sólo pedíamos favor y piedad de su parte, y que no éramos sus enemigos los españoles, se compararon de nosotros, llegaron y nos mandaron sentar. Después que nos hubieron examinado y héchose cargo de todo, vinieron á los que tenían ropa de color y á esos

los dejaron totalmente desnudos, llevándose la ropa: mas á los que estaban vestidos de negro nada les quitaron. Marcháronse luego, sin hacernos otro daño, bien que en la primera acometida nos habían ya matado ocho hombres. Al separarnos, viendo cuán desfallecidos estábamos, nos indicaron con la mano el rumbo que habíamos de tomar para ir á un pueblo de españoles, que según después vimos estaba á diez leguas de allí, y nos decían: «Tampice, Tampice, cristiano: Tampice, cristiano, (1) es decir, según entendimos, que en Tampice encontraríamos cristianos. No usan otras armas que arcos y flechas; pero tienen puntería tan certera, que muy rara vez yerran el blanco. Poco después que nos dejaron despojados, como queda dicho, nos pareció mejor dividirnos en dos compañías; y hecha la separación, la mitad nos fuimos á las órdenes de un Antonio Godard, que todavía vive, y al presente reside en la ciudad de Plymouth, á quien antes de separarnos habíamos escogido por capitán de todos. Los que fueron con él (entre ellos yo, Miles Phillips) caminaron á Poniente por el rumbo que los indios nos habían indicado. La otra mitad fué al mando de un Juan Hooper, á

(1) Estas palabras están en español en el original.

quien eligieron por capitán, y uno de los que con él iban era David Ingram: tomaron éstos hacia el Norte, y al cabo de dos días volvieron á encontrarse con los salvajes, cuyo encuentro costó la vida al capitán Hooper y á dos de sus compañeros: dividiéronse entonces otra vez, y unos continuaron su mismo camino al Norte, mientras que otros, sabiendo que habíamos ido hacia Poniente, trataron de reunirse con nosotros, como en efecto, á los cuatro días se nos juntaron unos veinticinco á veintiséis. Luego hicieron cuenta de cuántos habíamos desembarcado, y hallamos ser ciento catorce, dos de los cuales se ahogaron en el mar, y ocho murieron en el primer encuentro con los indios, de manera que quedaban ciento cuatro. (1) Veinticinco de éstos fueron á Poniente con nosotros, y cincuenta y dos al Norte con Hooper é Ingram. Según éste me ha dicho después muchas veces, no pasaron de tres los muertos de su compañía, y como sólo veintiséis vinieron á reunirse con nosotros, resulta que de los que fueron para el Norte faltan veintitrés hombres, de que no ha vuelto á tenerse noticia. Y en verdad pienso que al-

(1) El 25 está con números en el original, y es indudable que hubo una trasposición de cifras, debiendo leerse 32. De ese modo se completa exactamente el número de 104 hombres, y se verifica que la gente se dividió en dos mitades. Nada de esto sucede con el número 25.

gunos viven todavía y están casados en aquella tierra, en Cibola, de lo cual me propongo tratar después, más particularmente, con el favor de Dios, dando las razones y motivos que me hacen pensar así de los que faltaron, que fueron, David Ingram, Twid, Browne y otros varios, de cuyos nombres no me acuerdo. (1)

Reunidos así otra vez, continuamos caminando á Poniente; unas veces por entre los bosques tan espesos que con garrotes teníamos que quebrar las zarzas y matorrales para que no destrozasen nuestros desnudos cuerpos: otras veces atravesando por llanos de yerba tan alta que apenas podíamos vernos unos á otros. Sucedia que de pronto caían muertos algunos de nuestros compañeros heridos por los indios que se escondían tras de los árboles y matorrales, y desde allí mataban á los nuestros al paso, porque íbamos desparramados, buscando frutas con qué alimentarnos. Muy á menudo nos veíamos muy molestadísimos por una especie de mosca que los indios llaman en su lengua *tecuanis* y los españoles mosquito: hay en aquella tierra otras muchas

(1) David Ingram no pudo ser de los desaparecidos, puesto que después de estos sucesos *habló muchas veces* acerca de ellos con el autor. Este apesar de la promesa que aquí hace, no vuelve á hablar de sus compañeros perdidos.

especies de moscas, pero ninguna tan molesta como estos *tecuanis*: casi no es posible verlos, porque son tan pequeños que apenas llegan al tamaño de un cinife; pero chupan grandemente la sangre, y no hay que matarlos á donde están chupando, porque son tan venenosos que la parte se hincha desmedidamente, como si fuera picada de avispa ó abeja, siendo así que si se les consiente chupar á su antojo y marchar cuando quieren, no hacen otro daño que dejar una roncha, mayor á veces que un piquete de pulga. Al principio nos molestaba horriblemente esta clase de moscos, por no conocer su condición, ni tener defensa contra ellos, pues íbamos desnudos: lo que es el frío no nos daba pena, porque la tierra es siempre muy caliente. Mientras caminamos de ese modo diez ó doce días, nuestro capitán hacía á cada rato que algunos subiesen á los árboles altos, para ver si lo graban descubrir algún pueblo ó lugar habitado; pero nada veían. Al fin, á fuerza de repetir esta diligencia de trepar á los árboles descubrieron un gran río que corría del Noroeste á entrar en el mar, y á poco se oyó un tiro de arcabuz, cosa que nos reanimó mucho, porque nos hizo conocer que estábamos cerca de cristianos, y por consiguiente esperábamos ser socorridos muy

pronto. Al cabo de una hora de camino oímos cantar un gallo, lo que nos causó no poca alegría, y por último llegamos á la orilla del río Pánuco donde los españoles tienen unas salinas, y allí dispararon el tiro de arcabuz que antes habíamos oído; no venimos directamente á este lugar, sino que por haber errado el camino, le dejamos como un tiro de ballesta á nuestra izquierda. Bebimos ansiosamente en este río, porque hacía seis días que no encontrábamos agua; y cuando estábamos descansando en la ribera y suspirando por llegar al pueblo donde dispararon el arcabuz y cantó el gallo, vimos subir y bajar por el otro lado del río muchos españoles de á caballo, los cuales, cuando nos vieron, pensaron que éramos de los indios chichimecos, sus vecinos enemigos. El río no tiene de ancho más de medio tiro de ballesta, y desde luego uno de los españoles tomó un barco de los indios, que llaman canoa, y pasó en él con dos indios remeros. Habiendo hecho su reconocimiento, regresó á juntarse con los otros españoles, quienes sin dilación reunieron unos veinte de á caballo y embarcáronse en canoas, llevando los caballos por las riendas, á nado tras ellos; llegados á la orilla donde estábamos, ensillaron sus caballos y montaron en ellos, vinieron á carrera sobre

nosotros hostilmente y con lanza en ristre. Nuestro capitán Antonio Godard, viéndolos venir de aquella manera, nos persuadió que nos rindiésemos, porque desnudos como estábamos y sin armas, no podíamos oponer resistencia alguna. Obedecimos la orden, y al rendirnos notaron que éramos cristianos: pidieron entonces más canoas, y nos pasaron de á cuatro en cada una. Puestos al otro lado, nuestro capitán le hizo entender el tiempo que llevábamos de no tomar alimento, y nos dieron para cada dos un pan hecho del grano de la tierra, llamado *matz* por los españoles, cuyos panes serían del tamaño de los nuestros de á medio penique, y los indios los llaman *clashacally*, Pareciónos el dicho pan muy dulce y agradable, porque hacía mucho tiempo que no comíamos nada. ¿Y qué cosa hay que el hambre no haga parecer dulce y sabrosa? Después de repartido el pan, los hombres fueron enviados por delante al pueblo, bajo la custodia de muchos indios vecinos del mismo; mas á los muy jóvenes, como muchachos, y á los muy débiles, los tomaron en ancas, y así los llevaron al pueblo donde residían, que estaba casi á una milla del punto en que habíamos pasado el río.

El pueblo tiene buen asiento y abundancia de toda clase de frutas, como naranjas,

limones, granadas, chavacanos, duraznos y otras. Está poblado de gran número de indios mansos ó mexicanos y tenía también entonces unos doscientos españoles, hombres, mujeres y niños, además de los negros. Sacan gran provecho de sus salinas, que están al lado occidental del río, á distancia de una milla larga, porque la sal es allí una mercancía excelente. Los indios compran mucha y la llevan la tierra adentro, donde la venden á otros indios, doblando el precio. También mucha de la sal que aquí se hace se lleva por mar á diversas partes; como á Cuba, San Juan de Ulúa, y los otros puertos de Tamiago y Tamachos, que son dos ríos con barras, á más de setenta leguas de San Juan de Ulúa, al S. O. Cuando llegamos todos al pueblo, mostróse el gobernador muy severo con nosotros, y amenazó ahorcarnos á todos: preguntónos qué dinero traíamos, que la verdad era muy poco, porque los indios que primero encontramos nos habían quitado todo, como quien dice, y de lo que dejaron habían tomado también una buena parte los españoles que nos trajeron. Con todo, de Antonio Godard hubo el gobernador una cadena de oro que le había dado en Cartagena aquel gobernador y de otros recogió algunas cantidades en dinero; de suerte que se-

gún calculamos, sacó de todos como quinientos pesos, sin contar la cadena de oro. Satisfecho con habernos quitado cuanto teníamos, mandó ponernos en una casita, muy parecida á una zahurda donde casi nos ahogábanos. Antes de encerrarnos en aquella estrechura, nos dió un poco de trigo de la tierra ó *maíz cocido*, que es el alimento de sus puercos. Muchos de los nuestros que habían sido heridos en el primer encuentro con los indios, y cuyas heridas estaban muy enconadas y dolorosas, pedían que sus cirujanos los curasen; pero el gobernador y casi todos ellos dijeron, que no tendríamos más cirujano que el verdugo, quien nos curaría perfectamente de nuestros males. Y así oyéndonos insultar y llamar «perros ingleses y herejes luteranos» permanecemos tres días en tan miserable estado, sin saber qué sería de nosotros y esperando por momentos que nos quitasen la vida.

CAPITULO IV.

Donde se refiere cómo nos trataron en Panamá y el continuo temor de muerte en que estuvimos; cómo fuimos llevados á México ante el Virrey, nuestra prisión allí y en Tezcúco, buenos y malos tratamientos que recibimos en ese tiempo, y cómo al fin nos sentenciaron por pregón á servir de esclavos á varios caballeros españoles

Al cuarto día de nuestra llegada continuábamos en la misma duda, aguardando la hora de la muerte, cuando vimos llegar muchos indios y españoles armados que venían á sacarnos de la casa, y entre ellos percibimos uno que traía gran cantidad de sogas nuevas, cuya vista nos causó grandísimo terror, calculando que no había duda de que era llegada nuestra última hora: así es que, invocando á Dios y pidiéndole piedad y perdón de nuestras culpas, nos preparamos todos para morir. Mas no se trataba de eso, según después se vió, porque habiéndonos sacado de la casa, nos ataron las manos atrás, y así atados de dos en dos nos mandaron marchar por medio de